

PSICOPATOLOGÍA DEL PODER

JORGE L. TIZÓN

JORGE L. TIZÓN

PSICOPATOLOGÍA
DEL **PODER**

UN ENSAYO SOBRE
LA PERVERSIÓN
Y LA CORRUPCIÓN



Herder

Jorge L. Tizón

PSICOPATOLOGÍA DEL PODER

Un ensayo sobre la perversión y la corrupción

Herder

Diseño de la cubierta: *Gabriel Nunes*

Edición digital: *José Toribio Barba*

© 2014, *Jorge L. Tizón*

1.ª edición digital, 2015

ISBN DIGITAL: 978-84-254-3435-8

Depósito Legal: *B-13020-2015*

La reproducción total o parcial de esta obra sin el consentimiento expreso de los titulares del *Copyright* está prohibida al amparo de la legislación vigente.

Herder

www.herdereditorial.com

Índice

Introducción

1. La política de las emociones en la tardomodernidad
2. Provocando el *shock*: de-simbolización del miedo y de-sublimación de la agresión intraespecífica
3. «Burbuja» sanitaria y «burbuja» psicosocial
4. La relación intrusiva y la organización relacional perversa
5. ¿Banalidad del mal o venalidad del mal?
6. ¿Podemos hablar de un contexto psicosocial de perversión?
7. Eros, Ares, Poder, porno
8. La falta de conciencia de la globalización de la especie
9. El envejecimiento de los sistemas políticos y la democracia
10. Duelos no elaborados y negación-disociación de la memoria de la propia historia
11. El eterno retorno de la política: diez tesis sobre la coyuntura psicosocial actual
12. A modo de coda esperanzadora. Hay alternativas, pero ¿son posibles sin reparación o sin sufrimiento?

Referencias bibliográficas

Introducción

La difícil situación social y psicosocial actual en los países de Europa y, particularmente, en este ámbito que, al menos de momento, llamamos «España» o «Estado español», me han llevado a escribir estas líneas. Una situación en la que el elemento descollante es la llamada «crisis económica», que estalló en 2008 y que en 2015 aún no tiene visos de equilibrarse, entre otras cosas porque, en realidad, se trata de una crisis política y social provocada, y no meramente de una crisis económica clásica. Creo que estamos inmersos en una grave coyuntura, en una auténtica convulsión social que, a diferencia de otras anteriores, ha sido provocada, puesta en marcha, desarrollada y al menos parcialmente dirigida por las élites dominantes en nuestros países. En lo que sí coincide con otras crisis anteriores es en que a gran parte de la sociedad le toca «pagar los platos rotos», fenómeno habitual en las crisis, pero que coincide en esta con que las élites dominantes han seguido aumentando, incluso exponencialmente, sus beneficios, manteniendo además sus privilegios. Por el contrario, la inmensa mayoría de la población ha visto devaluar sus bienes, sus ahorros, sus pensiones, su formación y sus conocimientos, las conquistas sociales en educación, servicios sociales y sanidad, tan trabajosamente logradas a lo largo de siglos...

En este contexto conviven cotidianamente manifestaciones de protesta de ciudadanos indignados, junto con grandes grupos sociales tan sometidos al desánimo, a la confusión, a la desesperanza, al empobrecimiento progresivo vivido como irremediable, que ya ni tan siquiera se deciden a lanzarse a la calle a protestar. Un contexto en el que los casos de venalidad, delincuencia sociopolítica organizada y

corruptelas varias y omnipresentes de las élites dirigentes han sacado a la luz la profunda corrupción, la *corrupción estructural* con la cual nos habíamos acostumbrado a vivir sin parar mientes en la misma, sin ser conscientes de ella.

Algo similar está ocurriendo en todos los países de nuestro ámbito sociocultural. Al menos, en la mayoría, aunque en el nuestro, como en Grecia, quede patente tal vez con más claridad porque la ruptura de la burbuja deformadora de la corrupción, las falsedades sociales, las mentiras, las *econo-suyas* y los «fascinismos» ha sido y sigue siendo más aparatosa y brusca. Pero, a mi entender, se trata de un fenómeno generalizado en nuestras formaciones económico-sociales. Por ello, adquiere aún mayor gravedad, si cabe: en países enteros se están practicando políticas económicas seguramente suicidas a medio y largo plazo (y esto es literal, pues el número de suicidios, homicidios y muertes en las salas de espera de hospitales aumenta en ellos). Pero, además, ¿cómo explicar que se estén practicando dichas políticas suicidas para con los ciudadanos –especialmente los jóvenes– la organización social, la productividad de esos países, la estabilidad y la creatividad de sus poblaciones, el bienestar solidario de sus miembros, el equilibrio ecológico? ¿Cómo explicarnos que una y otra vez, país tras país, políticos y hombres públicos que suben al poder ceden ante misteriosas y al tiempo clarísimas propuestas antidemocráticas y corruptas, y practiquen políticas diametralmente opuestas a las que han prometido defender antes de ascender al mismo? ¿Cómo entender que la población no acabe de rebelarse contra ellos y Europa entera no se haya visto sacudida por movimientos y revueltas sociales aún mucho más profundos y revolucionarios que los que están ocurriendo en países como España, Grecia, Islandia, Portugal, Italia, Irlanda...? ¿Cómo digerir que una parte importante de la población siga votando a políticos convictos y confesos de mentiras, trampas, deshonestidades e incluso delitos flagrantes? ¿Cómo explicarnos la corrupta colusión con esas tergiversaciones que llevan a cabo gran parte de los medios de información, convertidos a menudo en me-

dios de persuasión y propaganda *al por mayor* y vías para burdas manipulaciones de la población? Por mucho que, en el caso de los *media*, para dar apariencia de independencia y *capacidad informativa*, sus objetivos reales se oculten tras el tanga de sus secciones de «corrupción» y «casos y tribunales», su pervivencia como medios de *comunicación* cada día es más difícilmente defendible.

Así, día tras día, y medio tras medio, nos *informan* de interminables y repetidas noticias sobre los múltiples casos de delincuencia, especialmente económica y fiscal, protagonizados por políticos, empresarios, dirigentes y hombres o mujeres públicos... Pero su uso como *procedimiento de distracción* (desviación de la atención) queda patente en el cuidado con el que tales *medios de comunicación* tratan de evitar que el goteo (¿o marea?) de delitos e imputados pueda relacionarse con la esencia de los mecanismos socio-políticos que los facilitan, impulsan y permiten, y que son consustanciales con la corrupción actual de las democracias occidentales: utilización masiva y dramáticamente *des-equilibrada* de los medios de propaganda por parte de los grupos conservadores de este estado de cosas; leyes a favor de los beneficios rápidos e inmediatos, especulativos; leyes del suelo favorecedoras de todo tipo de especulaciones inmobiliarias y antiecológicas; leyes territoriales que priman baronías y *esencialismos variados* para disimular la falta de democracia real, de democracia cercana a los núcleos vivenciales de la población; leyes y constituciones que priman el bipartidismo y a los grandes partidos tradicionales por encima de la democracia real, de la posibilidad de cambio y de las iniciativas de la población; penas máximas para los «alborotadores» y los «antisistema» y lenidad total para los *corrompedores*, etcétera, etcétera, etcétera.

Por eso los suplementos y las secciones que tratan sobre «tribunales» o «sociedad» se han hecho ya comunes en casi todos los medios de *comunicación* actuales, incluso en los pocos que quedan respetables. En último término, no son sino el remedo contemporáneo del «pan y circo» romano. Son otra forma oblicua de manejar a la población y sustituir

la participación ciudadana... pero dando la impresión de «transparencia», un elemento fundamental en la era del *Big Data* y de los *ciudadanos-consumidores*.

Mi propósito en las páginas que siguen es colaborar en la comprensión de esa situación, aportar algunas ideas para entenderla. Deseo hacerlo partiendo de perspectivas desde las que me parece que no se ha reflexionado suficientemente, al menos hasta ahora: desde la psicología, la psicopatología y el psicoanálisis.¹ En ese sentido, parto de la afirmación de que una parte del desarrollo de «la crisis», así como las generalizadas incertidumbres ciudadanas ante ella, tiene que ver con la relevancia de la *perversión* en la organización social, en nuestras formaciones sociales contemporáneas y, por lo tanto, en buena parte de sus grupos dirigentes e instituciones sociales. Sin embargo, como veremos, cuando hablemos de perversión evitaré adoptar una noción moral o ideológica de la misma. Por ejemplo, la de los múltiples coros atemorizados que una y otra vez nos adormecen con el *mantra* de la «pérdida de valores de nuestra sociedad». En este tema de la «pérdida de valores» prefiero ser muy directo: ¿Valores? ¿De qué valores se está hablando, a qué valores se hace referencia? Echeverría (2007), en unas lúcidas páginas sobre el tema explicando su perspectiva pluriaxiológica, habla de al menos doce tipos de valores: básicos, epistémicos, técnicos, militares, políticos, económicos, socioculturales, jurídicos, ecológicos, estéticos, religiosos y morales. ¿De cuáles de ellos hablan los corifeos de la «pérdida de valores» en abstracto? ¿Y para qué y para quién sirven esos valores que añoran? Por eso, prefiero hablar aquí de un concepto y una realidad palpable e investigable (la perversión) y no de una supuesta pérdida etérea de otros conceptos también etéreos y mal definidos (unos «valores» no enunciados y la pérdida de los mismos).

Como la perversión, además de un sentido moral, tiene un sentido psicológico, la psicopatología ha intentado definirla. Voy a partir, pues, de alguno de esos intentos de defi-

nición psicopatológica. El objetivo: que el lector, y, en general, el ciudadano, cuente con más elementos para percibir y entender nuestra situación psicosocial; que las fuerzas que promueven el cambio social puedan manejar otras perspectivas y conceptos para reconocer elementos clave de esa estructura social y psicosocial, así como de las personas, los grupos y las castas que la mantienen y extienden.

Dada la amplitud y la extensión del tema, y mis menguadas posibilidades para tratarlo con la profundidad y la extensión que merecería, voy a circunscribirme en mi reflexión a cuatro vértices psicológicos y antropológicos: la psicología y la política de las emociones y del miedo en la tardo-modernidad; la organización perversa de las relaciones humanas; la evolución de la conciencia sobre la globalización, y la incapacidad para elaborar el duelo, con las dificultades consecutivas para unas relaciones, una cultura y una política basadas en la reparación, la gratitud y la integridad. Cuatro vértices o puntos de vista, entre otros muchos, con los que, como psiquiatra, psicólogo y trabajador de la sanidad pública me parece que puedo hacer ciertas aportaciones para la reflexión y la comprensión de lo que está pasando en la vida social.

Y puesto que vamos a intentar reflexionar sobre la coyuntura actual, creo que he de ser directo y definir lo más claramente posible los presupuestos de los que parto. Aunque en los apartados finales de este libro (capítulos 9 y 11) volveré sobre el tema, aquí, de entrada, tan solo quiero delimitar ese punto de partida, ya iniciado más arriba. En mi opinión, la situación social actual debe ser considerada muy grave, no solo a nivel económico, sino político y social, puesto que pone en duda la vigencia de todo el modelo de política que se difundió en los países tecnológicamente desarrollados, en particular europeos, desde al menos la «edad moderna»: la democracia parlamentaria basada en los partidos políticos y en la organización social inspirada en los ideales de la Revolución Francesa de «libertad, igualdad, fraternidad».

Mi propósito, pues, es reflexionar sobre esta situación desde una óptica no habitual, o, al menos, no habitual en la política tradicional (de izquierdas y de derechas): una perspectiva que tenga en cuenta los conocimientos y los puntos de vista psicológicos, psicosociales y antropológicos.

¹ En realidad, fue un grupo de psicoanalistas, el consejo de redacción de *Temas de Psicoanálisis*, el que me insistió en que escribiera unas reflexiones iniciales sobre el tema, que en este libro amplí y diversifiqué.

1. La política de las emociones en la tardomodernidad

Las emociones *tienen muy mala prensa* y, en especial, durante los últimos dos o tres siglos. Pero esa perspectiva negativa de la emocionalidad es mucho más antigua: en nuestra cultura comenzó al menos desde que Platón y el estoicismo propusieran como antitéticas la razón y las pasiones. En ese sentido, el ideal estoico sería una vida guiada por los principios de la razón y la virtud, dominada por la *ataraxia*. El bien y la virtud consistirían en vivir de acuerdo con la razón, evitando las pasiones, entendiendo que la *pasión* es lo contrario a la razón: algo *que ocurre*, que *nos mueve*, que no se puede controlar. Las reacciones emocionales, e incluso el dolor y el placer, pueden y deben dominarse a través del autocontrol ejercitado por la razón, la impassibilidad (*apátheia*) y la serenidad (*ataraxia*).

Además, al menos desde entonces, se desarrolló en nuestra cultura una doble disociación: la disociación entre mal y bien pasaba a radicarse en la disociación entre alma (entendida sin pasiones) y cuerpo (entendido como asiento de las pasiones). El bien proviene del alma y el mal, del cuerpo. El dominio de las pasiones, de las emociones, no entendidas como método de conocimiento (Nussbaum, 2007), ni, por supuesto, orígenes de la ética (Nussbaum, 2006; Solomon, 2007), pasó a ser requisito indispensable de la moralidad, algo en lo cual el cristianismo, a pesar de su invocación del amor, colaboró ampliamente durante siglos: ante la requisitoria ética de qué hacer con las pasiones, una moral occidental reinante durante milenios ha prescrito reiteradamente su control y dominio.

Más tarde, en los últimos tres siglos, el racionalismo, el empirismo y varias formas de materialismo y monismos mecanicistas colaboraron en convertirlas en *las bestias negras de la humanidad*, a las que había que alejar, controlar, exorcizar. Durante esos siglos se las contrapuso otra vez con «la razón», el pensamiento, lo intelectual, lo cognitivo, la ciencia, el progreso, el desarrollo humano... Como si «la razón», el pensamiento racional, pudiera crecer sin asentarse sobre la modulación de las emociones durante el desarrollo del ser humano en relación, durante un desarrollo que siempre es radicalmente interpersonal, intersubjetivo... y pasional. Hoy, sin embargo, la perspectiva monista del desarrollo de la mente y el cerebro (basada en las emociones, vividas en la relación y dando lugar al pensamiento, incluso el más abstracto) es ya un axioma básico en la psicología del desarrollo, la psicología experimental, el psicoanálisis relacional, la neurofisiología, la genómica... Empero, esta concepción aún no domina en la cultura y la política de masas, en muchas formas de psicoanálisis y psicología y, desde luego, no ha impregnado suficientemente disciplinas como la psiquiatría, la medicina y otras profesiones asistenciales.

Desde mi punto de vista, la respuesta insuficiente, la falta de contestación masiva ante las estafas generalizadas en las que han consistido tanto la crisis económica como las supuestas medidas contra ella puestas en marcha por los grupos políticos y económicos dominantes, tiene mucho que ver con las emociones de cada uno de nosotros y de los grupos sociales y políticos más representativos de cada sociedad y Estado.¹ Solo incluyendo ese ámbito explicativo podremos entender la (relativa) ausencia de respuestas indignadas y airadas ante las pérdidas de posiciones y poder adquisitivo por parte de los asalariados y las clases medias de nuestras sociedades; o ante las políticas de «recortes» y privatizaciones corruptas de bienes públicos, es decir, ante nuevas estafas a los bienes sociales conseguidos con el esfuerzo político, social y económico de generaciones de ciu-

dadanos. Es evidente que los grupos dirigentes en nuestras sociedades están administrando certeramente el miedo y otras emociones, según la doctrina del *shock* (Klein, 2007) y según los conocimientos adquiridos durante decenios en prestigiosas universidades, *think tanks*, *fundaciones ideológicas privadas* y demás medios de captación de conocimientos y expertos para la formación y la consolidación de grupos dominantes. Hace más de un siglo que vienen creándose (o apadrinándose) prestigiosos centros de conocimiento, universitarios y extrauniversitarios, con el claro propósito de usar su producción para la consolidación del Poder *realmente existente*. Por ejemplo, utilizando conocimientos y datos procedentes de la psicología social, la neurofisiología, la psicofarmacología... Para ello, desde luego, ya en un segundo momento, es indispensable la colaboración, no solo de los medios de *comunicación*, sino de determinados «servicios» y «agencias», más o menos secretas, grupos militares y de espionaje, contraespionaje y contrainsurgencia y, además, de las propias poblaciones.

Por ejemplo, el componente emocional de la percepción de la existencia de amplias variaciones interhumanas, unido certeramente con la desinformación, ha sido utilizado para crear políticas de anticomunismo, antiterrorismo, antiarabismo, racismo y demás *antis disociadores* (Varvin y Volkan, 2003; Klein, 2007; Tizón, 2011). Hasta el extremo de que, a menudo, el chovinismo y la proyección han llegado a servir en nuestras democracias como argamasa fundamental de una identidad profundamente agrietada por las deficiencias y la irracionalidad crecientes en nuestro sistema social. Con más de cien desahucios al día en varios países europeos; con millones y millones de parados (en algunos momentos de este siglo, con más de seis millones de parados *oficiales* en nuestro país,² más de la cuarta parte de la gente en edad de trabajar); con cerca de dos millones de hogares españoles sin ningún ingreso conocido o reconocido; con los recortes arbitrarios de los derechos sociales y políticos adquiridos durante siglos por las clases trabajadoras y opri-

midas; con el desmantelamiento acelerado de sistemas asistenciales públicos de larga tradición y cierta eficiencia demostrada, tales como la sanidad y la educación públicas, es decir, organizadas y financiadas solidariamente, ¿cómo es que con todos esos procesos en marcha la población no se haya rebelado contra el miedo ni levantado contra el sistema?

A nivel estructural, posiblemente es cierto que una causa de la aparente parálisis de la población ante las estafas de que es objeto tiene que ver con la esencia psicosocial del neoliberalismo, que ha progresado espectacularmente en la consecución de sujetos introdeterminados, liberados de la ortopedia externa del poder biopolítico amenazante de su supervivencia (Han, 2014). Sin embargo, tal introdeterminación, más que ir dirigida al placer y al amor (la solidaridad), ha acabado regida por la autoexigencia, la culpa, la extenuación, el consumismo... La libertad corre el riesgo de dejar de ser un placer relacional, interpersonal, para convertirse en un nuevo imperativo que se persigue desde la propia introdeterminación. Liberación no es lo mismo que liberalización, ni que neoliberalismo. El refinado manejo emocional que conlleva el pensamiento neoliberal, el *Big Brother amable*, en lugar de hacer a los individuos sumisos intenta hacerlos dependientes. Emocionalmente dependientes. De ahí la presión por conseguir y difundir «emociones positivas», repetida cotidianamente como otro *mantra*: el objetivo es seducir más que prohibir; lograr dependencias emocionales introdeterminadas más que forzar. El ciudadano del tardocapitalismo *neoon*³ (neoconservador y neoliberal), más que consumir cosas, consume «emociones líquidas», y así queda mucho más personalmente comprometido en el proceso de la propia dominación. Por eso el buen *manager* del neoliberalismo se parece cada vez más a un *entrenador emocional*, en lugar de asemejarse a un ejecutivo, un adoctrinador, un argumentador o un directivo al uso tradicional.

Para entender el abrumador avance y casi *triunfo por goleada* del pensamiento neoliberal es cierto que el primer elemento que hemos de tener en cuenta es la mencionada falta de democracia *real* de los medios de comunicación de masas en cualquiera de los países *avanzados*: su concentración en manos de los poderes económicos dominantes, unida a las capacidades de influencia y control que les proporcionan el uso *científico* de las emociones individuales y colectivas, le confieren un poder nunca antes soñado por esas élites y castas dominantes. Por eso, la lucha por hacerse con el control de esos poderes mediáticos es la primera escaramuza que se abre ante cada cambio en la política de los partidos y los grupos de poder económico tradicionales.

El segundo elemento que explica parcialmente esa baja capacidad de oposición a las estafas generalizadas a las cuales se está sometiendo a la mayoría de la población europea tiene que ver con la pérdida de la capacidad de movilización por parte de la izquierda política y la izquierda del sistema, que eran quienes se suponía que deberían responder activamente ante tamaños desafueros (Rancièrre, 2011; Bodej, 2014). Ciertamente: hoy es una descripción y una constatación. Pero esa realidad, a mi entender, posiblemente se asienta en problemas y escotomas muy anteriores: entre ellos, su torpe y persistente visión de las emociones y la política de las emociones, estrechamente racionalista y difícilmente diferenciable, en la práctica, de la política emocional de la derecha más conservadora... pero sin el uso oportunista que esta realiza de las emociones. Es decir, una política de las emociones esencialmente *capitalista primitiva* que no tiene en cuenta la capacidad de manejo emocional del neoliberalismo. ¿O conocen ustedes aportaciones suficientemente conocidas de la psicología de las emociones a las políticas de *la izquierda* o, en general, a la marcha de la sociedad y sus instituciones?

El desprecio por estos temas o, más allá, la ignorancia, casi estulticia, es tal, que normalmente, nuestros médicos hacen largos estudios de más de diez años de duración sin